

Sacrificio y responsabilidad

Pedro Trigo, s.j.*



Nos planteamos la relación entre responsabilidad y sacrificio porque son dos conceptos indispensables para el establecimiento de una vida personal adulta y de una convivencia social humanizadora.

TRES PROYECTOS DE VIDA

Comenzamos caracterizando sumariamente tres proyectos de vida: El primero pretende vivir de la manera más autárquica posible buscando que su vida nazca de sí mismo y que él sea así hijo de sus obras, dejando atrás su origen familiar y so-

cial. Nadie puede pretender nacer de sí absolutamente. Pero sí se puede considerar lo recibido como un saldo inicial que él pone a producir y reconfigura con su propio proyecto vital y su acción para llevarlo a cabo. En este proyecto individual del que él se responsabiliza, a estas alturas de la historia, no puede asumir la figura de Robinson, pero sí comandar sus intercambios buscando su propio provecho, bien la mayor ganancia posible en cada uno, bien la estabilidad de las fuentes de aprovisionamiento y la satisfacción a largo plazo.

Hoy en día me parece imposible definir religión de una manera aceptable y comprensible para cualquier persona de mi época y mi lengua.

El segundo proyecto busca tan absolutamente su provecho que está dispuesto a sacrificar a otros para lograrlo, bien sacándolos de la competencia, bien logrando que acepten contratos asimétricos, bien mediatizándolos. Poca gente habrá que pretenda directamente sacrificar a otros; pero sí hay mucha gente que, al ponerse a sí mismos como meta absoluta, acaban sacrificando a los demás. En otras épocas esto ocurría de modo bastante directo y compulsivo; hoy ocurre mediante mecanismos impersonales para que el sacrificador no tenga la penosa sensación de que sacrifica a nadie. Pero a su vez el anonimato de esos procedimientos permite que el sacrificio sea mucho más radical y despiadado.

En este segundo proyecto de vida lo decisivo es el modo absoluto de buscar el propio provecho. En el primero también se busca, pero se lo busca desde sí mismo y por sí mismo, es decir a costa del propio esfuerzo y la propia vida, porque es esencial que la vida salga de sí mismo. Este concepto del sujeto lleva a que los intercambios sean simétricos, porque si él se aprovecha de otro, su vida no nace de sí sino que se la debe al otro, aunque el otro se la haya dado forzado. Ésta es la enseñanza de la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo: el amo, al depender en su vida concreta del esclavo, acaba perdiendo la sustancia propia y estando de hecho en manos de él.

El tercer proyecto de vida, como el primero, se responsabiliza de lo suyo, toma su vida en sus manos, teniendo como punto de honor no descargarse en nadie. Pero, a dife-

rencia de él, procura también ayudar a los demás con sacrificio propio; y, teniendo conciencia de su menesterosidad, pide también ayuda a otros. En el primer proyecto también se daban los intercambios, pero, aunque eran simétricos, estaban encaminados al beneficio del propio sujeto. En éste, por el contrario, se dirigen al bien del otro. No es el “hoy por ti, mañana por mí”, ya que se da libre y gratuitamente y del mismo modo se pide y recibe.

Este punto es tan nuevo respecto de los dos proyectos anteriores que exige que nos preguntemos si tiene sentido que alguien se sacrifique por los demás. Respondemos que sólo tiene sentido cuando no los sustituye sino que por el contrario los ayuda a crecer o a vivir humanamente situaciones que de suyo tienden a disminuir y deshumanizar. Una madre se despropia de mucho tiempo que podría dedicar para su propia satisfacción o crecimiento, por ayudar a que su hijo crezca. Ese hijo, a su vez, posteriormente puede dedicar mucho tiempo a su madre enferma. Del mismo modo alguien puede enseñar, aconsejar, ayudar a otro.

Cuando alguien se despropia de sí para ayudar de este modo a otro, en primer lugar se despropia verdaderamente: cede su tiempo, su energía vital, es decir pone su vida no para sí sino a favor de otro, o sea que su vida por ese lado pierde. Esto no puede ser encubierto y pesa de tal modo que un número creciente de mujeres decide no tener hijos o tener uno solo por esta razón y un número creciente de personas

mayores son abandonadas por sus familiares.

Pero por otro lado en esa pérdida estriba la mayor posibilidad de ganancia, es decir de realización humana. Esto es así porque ayudar de este modo, buscando gratuitamente el bien del otro, es la expresión más propia del amor, y el amor es la más alta realización humana. Ahora bien, esto sólo se experimenta desde dentro. El conocimiento meramente objetual es vacío. Sólo la experiencia puede certificar la fecundidad del amor. Y no pocos no se animan a arriesgarse a hacer la prueba.

VALORACIÓN CRISTIANA DE CADA PROYECTO

Desde lo que llevamos dicho aparece clara la valoración, desde la perspectiva cristiana, de cada uno de estos proyectos vitales. Ante todo, Dios quiere que cada quien se responsabilice de su vida y que para eso se haga progresivamente más cualificado y competitivo. También quiere que, sobre esa base, nos intercambiamos equitativamente. Pero desde la perspectiva cristiana la máxima realización humana es el sacrificio por amor. Que, tal como lo hemos caracterizado, nada tiene que ver con el anularse a sí mismo. La mayoría de los seres humanos hemos sido beneficiarios de esta entrega de nuestros padres y de otras personas, y estamos muy agradecidos y queremos y admiramos a quienes así nos han hecho crecer y ayudado. Más aún, esa experiencia nos capacita para hacer nosotros lo mismo con otras personas.

Dios no quiere sacrificios ni, por tanto, víctimas. En este sentido no quiere, decíamos, una religión en la que alguien le ofrece como homenaje un ser que ha sacrificado. Pero mucho menos quiere aún un sistema social en el que estructuralmente una parte de la población sea sacrificada por la otra para que se mantenga y expendá ese orden asimétrico.

Como es obvio, Dios no se relaciona con nosotros intercambiándose equitativamente buscando su beneficio. Él no necesita nada y nosotros nada le podemos dar. Citemos, como uno de tantos pasajes bíblicos, el salmo 50 que lo expresa elocuentemente: “No tomaré un becerro de tu casa ni machos cabríos de tus apriscos, pues más son todas las fieras del bosque (...) Si tuviera hambre no te lo diría, porque mío es el mundo y cuanto contiene. ¿Es que voy a comer la carne de los toros o a beber la sangre de los machos cabríos?” (9-13). Los sacrificios rituales, en cuanto son, según la expresión de la religión romana, “sacrum commercium”, un intercambio sagrado en el que sale ganando el ser humano, no pueden tener para Dios ningún sentido.

Él es el que nos da incesantemente, e incluso se nos da, buscando gratuitamente nuestro bien. Podríamos argüir que es cierto que nos da, pero que eso no le significa ningún sacrificio. No es así. Dice un dicho rabínico muy sagazmente que el amor de Dios se revela más aún que en que nos haya creado, en que previamente tuvo que encogerse, ya que es infinito, para darnos lugar. El dicho es una representación porque lo infinito no es una extensión inexaurible sino una no extensión. Pero no deja de ser cierto lo que quiere decir: que él nos da lugar, sale de sí para poner fuera de sí lo que no es él mismo. Ese salir de sí para amarnos y ponernos así en la existencia es lo que expresa su amor. En este sentido Dios no es

el autárquico sino el que, puesto que consiste en relación, nos crea relacionándose con nosotros y para relacionarse con nosotros, y no como el Señor y el siervo sino gratuitamente y en mutua libertad.

Desde lo que llevamos dicho resulta patente que lo más contrario al ser de Dios y por tanto a su designio es convertir a otro en víctima. Dios no quiere sacrificios ni, por tanto, víctimas. En este sentido no quiere, decíamos, una religión en la que alguien le ofrece como homenaje un ser que ha sacrificado. Pero mucho menos quiere aún un sistema social en el que estructuralmente una parte de la población sea sacrificada por la otra para que se mantenga y expendá ese orden asimétrico. Este mecanismo es lo que más le duele a Dios porque es la negación más absoluta de la fraternidad para la que nos ha creado y de él como Padre materno de todos.

Esto es de tal modo verdad que podemos decir que lo pecaminoso del pecado es lo que tiene de sacrificio de otro para conseguir mis objetivos. Por eso hoy la madre de los pecados (lo que en el evangelio de Juan se llama el pecado-del-mundo) es este sistema económico que sólo conoce los derechos del capital, ante todo del financiero y después de las corporaciones mundializadas, y, al absolutizar su beneficio y al mediatizar para lograrlo a la política y las leyes, desconoce la dignidad de las personas, sobreexplota, mediatiza, ideologiza y excluye. A él se asimila el sistema político cuando practica los mismos métodos excluyentes.

EL SACRIFICADO POR LOS DIRIGENTES SE ENTREGA CON SACRIFICIO

Desde este esquema ¿cómo entender el destino de Jesús?

Él es el ejemplo más consumado del que vive para los demás, y no porque al tener su vida resuelta, pudiera liberar su tiempo en sentido altruista, sino desde su condición de ser de necesidades y perteneciente a la base social. Él fue una de tantas personas sacrificadas por los dirigentes, en su caso sobre todo a través de los impuestos. Pero mientras sufría esta injusticia, vivió de manera tan fecunda su entrega a los demás, que logró levantar y reunir al pueblo sobrecargado y abatido, y en esa tarea se constituyó como la persona de más consistencia y autoridad. Su vida revela de modo elocuente cómo esa ayuda, no clientelista ni populista sino liberadora y personalizadora, logra que la gente crezca, que libere sus mentes, cobre esperanza y así se ponga en pie responsablemente y se movilice para constituirse como pueblo fraterno. Y a su vez, al no buscar que el pueblo fuera el pedestal de su gloria, al buscar sólo la gloria del Padre y la vida de los privados de ella y la humanización de los sacrificadores, al no pretender ponerse por encima de nadie, porque de ese modo no sería ya su hermano, se constituyó en el más hermoso de los hijos de los hombres, en la persona de más peso, más consistente, más querida y también la más temida por los que no quisieron pasarse a ese horizonte.

Ellos consideraron certeramente este movimiento como peligroso para

ese orden social sacrificial, y por eso, quienes sacrificaban al pueblo, sacrificaron a Jesús para que siguiera ese modo inhumano de vida.

Sacrificar al que vivía sacrificándose por los demás, colmó la medida de la inhumanidad de los sacrificadores: al matarlo, se condenaron a la esterilidad. Esto es lo terrible del mecanismo sacrificial: que es un mecanismo compulsivo, que se dispara automáticamente, que excluye la libertad y por ende la deliberación que podría llevar a salir de él.

Pero ¿qué hizo Jesús mientras lo mataban? No se convirtió en víctima, en el sentido de reducirse a la condición de ser la contracara de sus victimarios. No murió de terror o de rabia o de abatimiento, como pretendían sus enemigos. Tuvo la libertad de vivir su pasión y muerte desde sí mismo. Por eso lo que hizo fue ofrecer su vida por los que se la quitaban y morir llevando en su corazón a todas las víctimas. Jesús convirtió el acto más cruel, injusto y extraviado de la historia humana en la culminación de esa vida suya, una vida completamente absorbida por la entrega sacrificada para el bien de los demás. Él siempre se había sacrificado por amor, y en el momento en que ese amor era rechazado, el amor supera el rechazo y se expresa como oblación gratuita y victoriosa al Padre a favor de ellos y de todos.

**SÓLO SACRIFICÁNDOSE PODRÁ
VENCERSE AL MAL QUE SACRIFICA**

Éste es el punto crucial. En efecto, hay muchas personas que con toda sinceridad quisieran vivir

en un orden social que no viviera de víctimas. Repudian en el fondo del corazón a este sistema sacrificial. Pero alegan que no hay otro. Que ellos procuran sacrificar lo menos posible. Pero que, si quieren vivir, no les queda más remedio que aceptar las reglas de juego vigentes. Procuran jugarlas con la mayor medida posible, pero a poco que uno piense, verá por todos los lados que el juego es asimétrico y que por eso, si vivo entre los privilegiados, vivo a costa de otros. Muchos se sienten en verdad prisioneros del sistema y confiesan que estarían dispuestos a vivir más estrechamente para lograr unas reglas de juego más simétricas y que tendencialmente no excluyeran a nadie. Pero ¿qué pueden hacer sino resignarse a lo dado, que se impone como ley de hierro?

Aquí es donde viene la necesidad del sacrificio voluntario para que nadie sacrifique a otro. No basta con asumir sus propias responsabilidades sin descargarse en los demás y con tratar que los intercambios que entable sean simétricos. Como las reglas de juego son asimétricas, hay que desmarcarse progresivamente del juego vigente y luchar por cambiar las reglas de juego. Mientras no haya gente dispuesta a sacrificarse en esa doble dirección, los sacrificadores van a continuar sacrificando a todos los que puedan y cada vez más. Jesús nos enseña que el amor más grande es el que está dispuesto a pagar el precio de seguir su camino hasta el final. También en él aprendemos que ése es el camino de humanización integral.

El sacrificio ritual de las religiones no tiene sentido y sacrificar a otros para mi provecho es la dirección más inhumana e infecunda. Pero sacrificarse libre y gratuitamente para que otros crezcan y superen situaciones difíciles, es la dirección humana por antonomasia. De este modo sacrificar es lo peor que puede hacerse, pero sacrificarse puede ser consumarse como ser humano.

Es verdad que hoy, como siempre, donde abunda el pecado sobreabunda la gracia: en una dirección histórica signada porque los que la comandan sacrifican a los demás para su provecho, cada vez hay más que sacrifican su vida para el bien de los demás y de ese modo la ganan.

*Miembro del Consejo de Redacción